

JM Persánch

(José Mariá Pérez Sánchez)

Antonio Machado en el país de los Campos de Castilla

*La historia cuenta lo que sucedió;
la poesía lo que debía suceder.*

~Aristóteles. 384 BC – 322 BC

1 de agosto de 1912

¿Será esto lo que llaman muerte? Cerré los ojos. No luché. Me deje llevar. A lo lejos percibía cómo bostezaban las recias colinas, imaginándolas envueltas entre las brumas y neblinas de una madrugada gélida, en nada distinta a las de mi tierra. Fue entonces cuando *recordé mi infancia, mi patio de Sevilla y aquel huerto claro donde maduraba el limonero* y, con todo ello, también *mis veinte años en tierra de Castilla...* Me dejé arrastrar por el deseo inconsciente de conocer al ser con quien aún compartía mi cuerpo: mi propia alma. Me deslicé por los caminos del intelecto, acusándolos de ariscos, maniqueos, falaces, reduccionistas y laberínticos. No contento con ello, traté de romper los puentes que le unían con ese otro mundo. Ya no toleraba más imposición racional. Y no había vuelta atrás. Sin embargo, por un momento temí por mi vida, y con ello me di cuenta que definitivamente ni yo no estaba muerto ni esto había sido mi muerte. Me arrojé inusitadamente a explorar esta nueva realidad. Búsqueda que al principio resultó en frustración. Por más que caminaba, corría y volaba, no escapaba a la nada, una especie de sala de infinita blancura. ¿Estoy soñando pues? Ahora, me descubrí a mí mismo inmerso en este primer sueño lúcido, y acababa de recordar que por rabia había destruido todo punto de encuentro con el mundo racional, y que, por tanto, no sería capaz de obligarme a despertar, y temí que al no poder despertar, me declararan muerto en el mundo de los vivos. La ansiedad provocada por la idea de ser enterrado en



vida me condujo a la sensación asfixiante de angustia, y ésta a la desesperación... acto seguido, exaltado, desperté.

El hecho anterior me hizo perder el miedo. Entendí pues que mi alma no me dejaría morir, si yo no aceptaba mi propia muerte en ese mundo onírico. De igual forma que un pecador no es perdonado por Dios hasta que uno no se perdona a sí mismo primero mostrando un arrepentimiento sincero (o eso dicen). Desde ese mismo instante, abracé la vida como sueño, pues en ambas dimensiones desconocía “quién era”, “qué hacía allí” y “a donde iba.” Me acostumbré a vivir en ambas dimensiones como si fueran una. Y, en mi nueva concepción del mundo, aprendí a otorgarle la importancia justa a cada cosa, por nimia que pareciera. Y también, de igual forma que el sol nos da calor de día y la luna luz de noche, me instruí para entregarme de lleno al otro a cambio de nada. Para con ello llegar a ser *en el buen sentido de la*

palabra, bueno.

Perdido el miedo, soñando despierto dentro del sueño, comencé a conquistar el mundo onírico. Ahora podía volar, saltar de un continente a otro, crear sinfonías e interpretarlas con mis siete brazos de veinte dedos, hablar con animales salvajes y mansos... me sentía un pequeño Dios, capaz de casi todo. Sin embargo, no abusé de mis dotes. Si en el mundo que llaman real no era avaricioso, ¿por qué debía serlo ahora? Disfruté de detalles pequeños y gocé al ver cumplidas fantasías, como viajar por el tiempo. Generalmente, el hombre olvida que tiene hambre cuando empieza a comer, pero un día, sin más, mi autocomplacencia me hizo sentirme culpable, pues, durante un lapso de tiempo, quizás demasiado largo, me había permitido a mi mismo olvidarme de mi objetivo iniciático: conocerme a mi mismo llegando a donde radica mi alma. Ahora, además, sumé un segundo, pues había oído que en el mundo onírico existía una región de los no vivos, un mundo donde se agolpan todos los seres queridos que nos dejaran solos en el mundo de los no muertos. Hecho que me hizo tener muy presente que, a pesar de jugar a ser Dios, seguía siendo humano. Deduje que ya había llegado ese momento. Alcé la vista y me cargué de valor. Di un salto, extendí mis brazos y comencé a volar sin rumbo, hasta toparme con un perro blanco de alas enormes que salió a mi paso. Decidí seguirle, se convirtió de imprevisto en un guía fabuloso. Hasta que de pronto se frenó en el aire y cayó en picado hacia tierra, tomó un hueso con el hocico y se sentó satisfecho sobre sus patas traseras. Lo dejé atrás inmediatamente. No muy lejos vislumbé figuras humanas. Descendí sobre ellos para cerciorarme. No había duda, eran Kunta Kinte y Julio Cesar. Estaban sentados frente a frente, alrededor de un tablero de ajedrez. Kunta Kinte movió su caballo blanco y tomó un peón negro de Julio Cesar. Un relámpago irrumpió con el consiguiente estruendo de un trueno y lluvia. No quise interrumpir. Cesé de volar y me posé de pié entre ambos. No perdieron la vista del tablero. Ni siquiera estaba seguro de si ellos percibían mi presencia. Los tres en silencio. Julio Cesar inicialmente permanecía impassible. El esclavo acababa de asestar un golpe decisivo al emperador. Con los papeles cambiados, Julio Cesar ofreció tablas, a lo que Kunta Kinte respondió con una sonrisa amplia y dijo <<Dame tu mano, firmemos así la paz. >> Julio Cesar extendió su mano, y tras esto ambos se esfumaron difuminándose. Quedé sólo frente al tablero de ajedrez. Inesperadamente el caballo blanco que acababa de mover Kunta Kinte comenzó a crecer, transformándose en un caballo grande que se tornaba marrón de crines blanquinegras. Lo monté y comenzó a galopar en el aire hacia el horizonte. Cada vez a mayor velocidad hasta alcanzar la velocidad de la luz. Estuvo a punto de descabalgarme arrojándome al vacío estelar. No tardó mucho. Se frenó. En frente mío apareció una puerta sin cerradura. ¿Estaría ante la puerta que me llevaría al mundo de los no vivos?

JM Persánch

De ser así, ¿De atravesarla me convertiría en un no vivo? ¿Abandonaría el mundo de los no muertos? ¿Estaría mi alma detrás de aquella puerta? ¿Vería de nuevo a mi amada Leonor? Dudaba si bajarme del caballo y lo ocultaba acariciando sus crines. Finalmente me decidí a empujar la puerta y crucé. Tras ello, desperté.



Me sentí decepcionado. La aventura me había devuelto al punto de partida. Ese mismo día, de paseo por los campos enjutos de Soria, comprendí que no había sido en vano, sino que se había tratado de un rito o prueba iniciática del inconsciente, para ver hasta qué punto estaba dispuesto a arriesgar. Arriesgar mi vida era aceptar la muerte y, con ello, aceptar lo que somos: seres finitos. Al aceptar la muerte como parte del ser, al entregarme al todo, se deja de temerla, se da sentido a la vida y se aprende a valorarla. El gusano de seda acepta su muerte para ser mariposa. Así aprendí que con la muerte no perdemos nada, porque somos todo.

Durante ese largo paseo por los campos de Soria tuve tiempo para todo. Tuve tiempo de observar los alrededores, y disfrutarlo. No tomé el camino más corto, sino el más bello. No opté por el sendero más fácil, sino el más intuitivo, el más mío. Tampoco quise caminar por el más solitario, sino entre un tumulto de gentes y animalitos. Se hacía tarde. El sol se acostaba sobre los tejados del pueblo y las sombras comenzaban a cubrir largo del cielo. Sin previo aviso, empezó a llover con virulencia. El viento



azotaba las gotas contra mi piel y mis ropas ahora yacían empapadas. Las gentes comenzaron a correr para resguardarse. Usaban paraguas y chubasqueros rudimentarios para protegerse. Otros improvisaban sombreros con bolsas. A lo lejos descansé mi vista sobre una mujer asomada al balcón

de un caserón viejo. La expresión de su rostro irradiaba disgusto, con un ojo descolgado y la nariz rojiza. Sus brazos cruzados y muecas en sus labios. Lo entendí inmediatamente. Era una madre que se preguntaba dónde se metía su hija con la tromba de agua que estaba cayendo. Minutos más tarde, la hija apareció, como yo, calada hasta los huesos. Su madre enfureció << ¡Mira como te has puesto! –El barro abundaba en sus rodillas- Sube que vas a entender lo que es bueno...>> De pronto sentí energías para gritar, pero no lo hice. Cerré los puños fuertemente y agaché la vista. Apreté los dientes y encarcelé mis palabras tras ellos para que no logran salir. Finalmente, cuando la hija desapareció tras el eco de un portazo hueco, las dejé emanar por mi boca, suavemente, sin tono quejoso <<Que pena, así nos enseñan desde pequeños a vivir alejados de la naturaleza. Aquella madre castiga a su hija por fusionarse con la lluvia. Transformando algo bello en castigo, en lugar de gozar del recorrido de la gota por su piel, y luego gozar el tacto de la toalla que le seca. ¿No sería mejor gozar dos veces? Seguramente, aquella niña no habrá disfrutado ni la una ni la otra.

Llegué a casa. Tomé un periódico para leer a alguna voz amiga. Me desnudé y me di un baño de aguas calientes. Relajado, demasiado, comencé a ensoñar, pasmado, con la mirada perdida en mi dedo gordo del pie, que cosa tan fascinante: me vino a la mente el Quijote, mi dedo se hizo molino. Me vino a la mente Hamlet, mi dedo se hizo duda. Y se transformó en tantas cosas, que entendí que la realidad no era la que nos habían contado, sino que ésta era verdaderamente un cuento que nosotros creábamos y aceptábamos con real. Como aquellos cuentos que nos contaban para dormir, sólo que ahora nos los contamos a nosotros mismos para vivir. Cerré los ojos. Volví a revivir la escena de la madre furiosa y la hija asustada. Y, esta vez, antes de que se dispusiera a abrir la puerta, me acerqué a ella, y la abracé <<No temas. Haz feliz a tu madre haciéndole creer que te arrepientes, y cuando crezcas, enseña lo contrario a tus hijos>> de golpe, se interrumpió la ensoñación. Mi dedo se volvió ordinario, hasta algo deforme. No obstante era mi dedo, y lo aceptaba como tal.

Al día siguiente desperté con la idea de regresar caminando por aquellos campos donde el hombre se convierte en sudor y brazos. Así fue. Me detuve en un banco de madera que crujía hasta con el peso del aire. Me amarré los cordones del zapato vetusto y polvoriento. Levanté la vista. Tomé un pequeño guijarro blanco y lo lancé hacia un lado. Un perro, similar al de mi sueño a excepción de las alas, la tomó en su hocico. Me miró y se fue trotando en dirección opuesta. Allí estaba de nuevo aquella niña. Alegre. Saltaba, y correteaba con sus amigas. El perro comenzó a rodearla agitando su rabo hasta captar su atención y, entonces, le obsequió con mi piedra. La niña la tomó, me miró en la distancia y se acercó con pasos ilusionados. <<Creo que esto es suyo señor>> -dijo con voz limpia de prejuicios y